

## ALEXIS Y MAUPASSANT por Émile Zola

He prometido presentar al gran público a los cinco jóvenes escritores con los que los guasones de la prensa se divierten realizando a su costa tan extrañas caricaturas de discípulos en torno a mi persona. Tras haber hablado de Huysmans y de Céard, me ocuparé hoy de Guy de Maupassant y de Paul Alexis.

Conocí a Maupassant en casa de Flaubert. Era el año 1874. Él apenas había acabado el colegio, nadie se había dado cuenta de su presencia en nuestros debates literarios. Cuando llegábamos los domingos, hacia las dos, al pequeño apartamento de la calle Murillo, una esas calles estrechas cuyas ventanas abrían sobre las sombras del parque Monceau, casi siempre nos encontrábamos ya instalado a Maupassant, que a veces había almorzado con el maestro al que le iba a leer cada semana sus trabajos y que le había trabajar severamente las frases de dudosa sonoridad. Desde que estábamos allí, él se apartaba discretamente, hablaba poco, escuchaba con aire inteligente de un mozo que siente los riñones sólidos y que toma notas.

Mas tarde se estableció una especie de camaradería y nos maravilló por el relato de sus proezas. De altura media, fornido, los músculos duros, la sangre bajo la piel, ya era entonces un terrible remero que hacía por placer veinte leguas por el Sena en un día. Además era un orgulloso macho, nos contaba historias insólitas de mujeres, calaveradas de amor que hacían reír a sonoras carcajadas s Flaubert.

Hasta ese momento, ni siquiera llegamos a preguntarnos si Maupassant tenía talento. Conocíamos de él algunas poesías, escritas para hombres; pero es bastante fácil tener vigor en ese género. También nos quedamos asombrados cuando publicó un pequeño poema: *Au bord de l'Eau*, donde podían encontrarse cualidades de primer orden, una simplicidad y una solidez de rara factura, una naturaleza de escritor dominando su oficio. Desde entonces lo tuvimos en consideración y se encontraba entre los jóvenes a los que mirábamos crecer, uno de los mejores dotados, uno de los que tienen más valor y fuerza para continuar la obra del siglo en el punto en el que los mayores la dejaron.

Otra sorpresa y revelación fue *Boule de Suif*, el relato que Maupassant publicó en *les Soirées de Médan*. La última vez que hablé con Flaubert, en Croisset, me dijo: «Maupassant acaba de escribir un relato que está muy bien; estará usted contento.» Cuando llegó nuestro volumen impreso y lo leí, me deslumbró; en realidad es el mejor de los seis, tiene un aplomo, un mantenimiento, una finura y una claridad de análisis que hacen de él una pequeña obra maestra. Por lo demás, solo ese relato bastó, entre el público letrado, para colocar a Maupassant en primera fila entre los jóvenes escritores del futuro.

Tal es pues su temperamento: una complexión completamente Normanda, una solidez sanguínea, un estilo de escritor de raza. Ciertamente debe mucho a Flaubert, del que ha sido hijo adoptivo en los últimos años. Pero aporta una originalidad propia que se puede percibir desde sus primeros versos y que se afirma hoy en su prosa; es una virilidad, un sentido de la pasión físicas con las que brillan sus mejores páginas. Y no se da en ellas ninguna perversión nerviosa, no hay más que un deseo sano y fuerte, los amores libres de la tierra, la vida ampliamente desplegada expuesta sol. Eso pone un acento muy personal de fecunda salud y de hermoso humor, un poco presuntuosos, a todo lo que escribe.

Maupassant ha publicado últimamente una antología de relatos, *la Maison Tellier*.

No insistiré sobre el tema del primer relato, del que ha tomado su título el volumen. Se trata de la propietaria de cierto establecimiento que lleva a cinco mujeres a la primera comunión de una de sus sobrinas, en un pueblo de una provincia vecina; y todo el estudio se basa desde ese momento en la excursión de esas muchachas, sobre su juventud que se expande en medio de las hierbas altas, sobre la emoción religiosa que las atenaza en la pequeña iglesia, hasta el punto que sus sollozos las hacen merecedoras del respeto de la asistencia. Nada podría ser de un análisis más fino, y la historia permanecerá como un documento psicológico y fisiológico muy curioso, con el regreso de las mujeres, felices, rejuvenecidas, embalsamadas de aire libre.

Se dirá: «¿Por qué elegir temas semejantes? ¿No se puede tomar un medio decente? » Sin duda. Pero pienso que Maupassant ha elegido ese tema, porque ha sentido una nota muy humana removiendo el fondo mismo de la criatura. Esas desdichadas, arrodilladas en esa iglesia y sollozando, lo han tentado como un bello ejemplo de la educación de la juventud surgiendo bajo los hábitos, por abominables que éstos puedan ser hoy en día; y puede apreciarse allí la emoción de la mujer, la necesidad de lo maravilloso, la fe que persiste incluso en la abyección cotidiana. El escritor no ha tenido intención de burlarse de la religión; más bien constata su poder. Eso es toda una experiencia filosófica y social, hecha a la vez con audacia y discreción.

Entre los otros relatos que componen el volumen, los que prefiero son: *Historie d'une fille de ferme* y *En Famille*. No puedo analizarlos ampliamente. En el primero, una criada, tras haber tenido un hijo de un carretero, se casa con su amo, al que le oculta el pequeño y que más tarde lo adopta encantado; en la segunda, una familia de burgueses se arroja golosamente sobre la herencia de una vieja tía, simplemente sumida en un letargo, y cuyo despertar produce una auténtica perplejidad. Lo que me gustan en estas obras es su bella simplicidad. *L'Histoire d'une fille de ferme* sobre todo comienza con una sencillez de un modo soberbio. Aconsejo a los novelistas que ven a nuestros campesinos a través de Homero, Shakespeare o Hugo, lean algunas de estas páginas donde encontrarán la nota precisa en nuestros aldeanos.

En definitiva, Maupassant, en su nuevo libro, es un analista penetrante, el escritor sólido de *Boule de suif*. Es con toda seguridad uno de los temperamentos más equilibrados y más sanos de la joven generación.

Abandonemos Normandía, donde nació Maupassant, y pasemos a Provenza, en donde Paul Alexis desembarcó en octubre de 1896. Otros cielos, otras naturalezas.

Llego como estudiante, recién salido de la Facultad de derecho, y dando un tremendo disgusto a su familia arrojándose en los brazos de la literatura. Era un auténtica huida, con magníficos proyectos de trabajo. ¡Cuántos de esos provenzales de veinte años que no dudan del triunfo ya he visto caer sobre nuestro asfalto parisino! Me traen del país en el que he crecido, la misma alma de mi juventud, esa bella llama de coraje que crepita allá, al gran sol.

Por lo demás, hay que decir que Paul Alexis, miope y distraído, no era del todo el provenzal clásico, vivo, turbulento, rompiendo todo. Cuando otro muchacho de Aix, el poeta Antony Valabrègue, que ha publicado después unos notables versos, me lo trajo un día de otoño, al día siguiente de su llegada a París, intuí en él de inmediato un espíritu contemplativo, un poco lento en sus movimientos, pero absorbiendo las cosas con una sed muy personal. En Provenza no hay más que nieblas, ardillas lanzadas en una carrera de ideas; a menudo ha madurado también temperamentos de una feliz pereza, en el fondo sensuales, degustadores de la vida y artistas.

El talento de Paul Alexis está ahí, en una sensación muy desarrollada. Es un sensitivo que tiene necesidad de haber sido sacudido para rendir. Se analizará a sí

mismo y analizará a las personas que ha frecuentado con una penetración, una ligereza y una abundancia completamente destacables; mientras que vacilará y será menos bueno cuando trata de construir fuera de lo que ha visto o experimentado. Insisto, porque esta cuestión del temperamento clasifica casi siempre a un escritor. Y además, mi primera intención ha sido mostrar que diferencias separan a estos jóvenes novelistas, llegados de los cuatro puntos cardinales, y como existe cierta obstinación en meterlos todos en el mismo montón, para solaz de los «guasones».

La fortaleza de estos temperamentos sensitivos en la literatura, consiste en llegar al fondo de las cosas cuando éstas lo tienen. Tal vez encuentren alguna dificultad en penetrar en un personaje; pero cuando lo poseen lo entregan por completo, y con una llama de vida, haciendo de él una criatura real. Su debilidad, por desgracia, es una cierta inclinación a la indolencia, una necesidad de vivir para ellos que les hace el trabajo pesado; y eso explica los inicios un poco lentos de Paul Alexis, el tiempo que ha perdido mirando la ardiente tarea de ese gran París que él desconocía, y del que, por temperamento, no habría podido hablar sin haberlo gozado y sufrido en sus carnes.

Hoy, helo aquí lanzado. Ya me ocuparé luego de su volumen de relatos. Aparte de sus trabajos serios, practica el periodismo con un talento que se va imponiendo poco a poco. No tengo el odio que mis mayores, Balzac y Flaubert, profesaban al oficio de periodista. Al contrario, creo que, para todo novelista debutante, se encuentra en el periodismo un gimnasio excelente, un rozamiento con la vida cotidiana que los escritores poderosos no pueden más que aprovechar. Y, en el caso que a él respecta, Paul Alexis, gana evidentemente todos los días en conocimiento sobre nuestro mundo parisino y en forjarse su estilo sobre el terrible yunque de los artículos escritos de prisa y corriendo en algunas horas.

Cuando apareció su antología de relatos, *la Fin de Lucie Pellegrin*, se produjo en nuestro cenáculo literario un poco del mismo asombro que acogió a *Boule de Suif*, de Maupassant. En cuanto a mí, sabía a que atenerme pues conocía ya esos relatos. Pero otros exclamaban. ¡Cómo! ¡Paul Alexis, que parecía tan dormido a veces, era capaz de escribir con ese acento personal páginas de análisis nerviosamente detalladas hasta llegar al fondo de los personajes! Y, desde ese día, fue alguien entre nosotros. Se esperan de él obras de más largo alcance, decisivas para su reputación. Tan solo es cuestión de trabajo.

En realidad sucede que esos relatos están llenos de talento. El primero, el que da título al volumen, es una pintura sobria e intensa a la vez de un rincón particular de nuestra desenfreno parisino. Se trata simplemente de una muchacha, Lucie Pellegrin que se muere, que escupe su sangre, en una última noche con una amigas, sentadas ante la cama donde ella agoniza. La entregada es del montón; incluso no es el aspecto dramático lo que más me gusta, aunque se podría establecer en él una curiosa comparación con el desenlace de *la Dama de las Camelias*. Pero la obra vale por el análisis vivido, por la cantidad de detalles reales, sobre todo por la evocación del estilo que hace las obras vivas.

Lo que nos sigue seduciendo en el volumen, es la variedad. Después de la nota aguda de *la Fin de Lucie Pellegrin*, hay una nota guasona, una historia provinciana: *l'infortune de M. Fraque*, donde se encuentra analizada con mucha finura la guerra sin tregua que se establece entre un hombre y sus esposa, jugando a quién morirá primero. La mujer engaña al marido y se vuelve devota más tarde hasta el punto de dejar toda su fortuna para la construcción de una capilla. El marido responde haciendo locuras para el establecimiento de una *pocilga* modelo, y acabando por donar todo lo que posee a un ministro protestante. Finalmente la mujer muere y el marido triunfa. Hay que leer esta

historia para encontrar en ella un poco de aliento de Balzac, el conocimiento de las terribles batallas que se libran en ciertas casas silenciosas de las pequeñas ciudades.

Con *les Femmes du père Lefevre*, todavía tenemos otra nota, la más original del volumen tal vez: una nota alegre, de una alegría particular, una especie de epopeya naturalista llevada a lo cómico-lírico. El tema en pocas líneas es el siguiente: los estudiantes de una pequeña ciudad quieren dar un baile; pero no teniendo mujeres, encargan al padre Lefèvre, un antiguo suboficial, que vaya a la búsqueda de una docena de ellas a Marsella; y todo el relato consiste desde entonces en la espera de esas mujeres que no llegan, en el desembarco triunfal de sus fealdades, en el famoso baile, en las consecuencias que se derivan de las muchachas que se quedan y que viven en la ciudad durante semanas, para gran aturdimiento de los burgueses. Es de una buena comicidad de espíritu, como me gusta, solidamente tratado sobre la auténtica humanidad, y agudizado con un toque de fantasía literaria.

Finalmente *le Journal de M. Mure* es un análisis penetrante de un caso de psicología amorosa, de un tono completamente diferente, serio y tierno. Escrito el último, este relato es desde luego el más equilibrado, no el que produzca más efecto. Como ya he dicho antes, Paul Alexis esconde en cada una de los relatos que ha publicado una pequeña novela acertada. Él también nos debe una novela.

Tras Céard y Huysmans, he aquí pues a Paul Alexis y Guy de Maupassant. Mi deseo es arrojar un poco de verdad sobre esos jóvenes escritores de los que se mofan, a los que se insulta y provoca. Puesto que soy el culpable de todo esto, ya que el reportaje y la crónica que los trata de desprestigiar está dedicada a mí, debía sustraer a mis amigos de mi suerte, mostrando que existen por sí mismos, y sólidamente.

No hay ni jefe ni discípulos, no hay más que compañeros a los que apenas separa una diferencia de edad.

Émile Zola

Extraído de *Oeuvres Critiques*. Tomo I. Emile Zola. Eugène Fasquelle, editor. París 1906.

Traducción de José M. Ramos para  
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>